

EL GRADO *CERO* RETÓRICO Y LA NEORRETÓRICA. LA LECTURA TROPOLÓGICA

Antonio Aguilar Giménez
(Universitat de València)

Resumen.

Este artículo pretende abordar la problemática retórica desde el punto de vista de lo que se llamó neorretóricas. Para ello haremos un breve recorrido desde las influencias más notables encontradas en el formalismo ruso hasta la lectura crítica, de los trabajos sobre todo de Roman Jakobson, Jean Cohen y el Grupo μ . A estos paradigmas teóricos contraponemos las lecturas retóricas de Paul de Man y sobre todo lo que podríamos aplicar al grado cero retórico. Veremos entonces que los efectos políticos de esta operación afectan al posicionamiento ético ante la lectura y sobre todo ante la posibilidad de leer, ante la imposibilidad de no leer políticamente un texto.

Palabras clave: retórica, lectura, cero, neorretórica, metáfora.

Abstract.

This article tackles with the problematic of rhetorics from the point of view of what was called neo-rhetoric. We will see the most notable influences found in Russian formalism and the critical reading especially of the work of Roman Jakobson, Jean Cohen and the Group μ . These theoretical paradigms will be examined through the perspective of Paul de Man's rhetorical readings. We also will consider if this could be applied to the zero rhetoric degree. We will see then that the political effects of this critical position affects the ethical one towards reading and especially towards the impossibility of not reading politically a text.

Key Words: rhetorics, reading, zero, neo-rhetorics, metaphor.

O.

Podría caerse en la tentación de justificar el interés estructuralista por la retórica mediante el siguiente argumento: no hay mejor sistema estructurante que la red retórica, no hay estructuralismo más claro que el de la retórica clásica. Este silogismo forzado nos sirve de punto de partida para tratar la relación del estructuralismo con la retórica. Kibedi Varga (1970:135) se encarga de deshacer cualquier duda con respecto a la relación entre la retórica clásica y la retórica de los estructuralistas: una es analítica, y la de los otros, sintética. La crítica literaria, utilizando esta retórica sintética puede llegar a crear una "ciencia de la literatura que será una retórica que permitirá dar cuenta de todas las estructuras internas de la obra literaria, y que tendrá éxito donde la estética clásica ha fracasado: en una tentativa de fundar una verdadera ciencia de lo general" (Kibedi Varga, 1970, p.137-8). En este sentido, tanto la definición de poética como la de retórica van a depender de la perspectiva comunicacional desde la cual se las considere. Ambas se definen como la ciencia del mensaje literario¹, sólo que la poética lo es desde el punto de vista del emisor, y la retórica desde el punto de vista del receptor. De esta manera, la retórica queda caracterizada, además de como arte lineal y temporal, como un modo de intervención en la realidad social, lo cual nos recalca la importancia del lector, del contexto y de la situación comunicativa dada en el momento argumental de la persuasión. Esta afirmación nos señala dos vías de trabajo sobre la retórica: una que se fija en su vertiente descriptiva elocutiva; la otra, que toma posición en el estudio de los efectos de la argumentación persuasiva. No obstante, sería posible destacar una tercera vía de trabajo que identificaría el estilo con la retórica, una suerte de estilística retórica).

Vemos que la retórica puede ser útil a los modelos puramente estructuralistas basados en un paradigma gramatical desviacional, a los modelos pragmáticos respaldados por la teoría del texto y a los modelos hermenéuticos argumentales referidos a las técnicas suasorias. Esta nueva retórica parece que pueda dar cuenta tanto de las *logografías* como de las *psicogagías*². De hecho, las neoretóricas desarrollan cada

una, desde sus postulados, alguna de las dimensiones de la retórica clásica. Encontraremos desde una teoría de los tropos y metáboles, o de los efectos de relevancia en la situación comunicativa, hasta una reglamentación de los efectos perlocutivos en el auditorio, pasando por la consideración de un auditorio universal, incluso, comprobaremos la tentativa de formular una retórica general.

Si por ejemplo consideramos por un instante el paradigma gramatical desviacional, encontramos que toma como punto de partida una gramática primaria —un grado cero lingüístico— a la que la retórica, gramática secundaria, está supeditada. La retórica se caracteriza como operación agramatical, pero ¿hasta qué punto esta afirmación es lícita? Esto es, cuando caracterizamos la retórica con la gramática ¿no estamos intercambiando propiedades de registros diferentes?, ¿no estamos haciendo intervenir alegóricamente a la retórica de nuevo?, ¿no estamos haciendo una alegoría de la alegoría de la retórica? Al igual que las partes de la técnica retórica son reelaboradas y fundidas con diversas corrientes textuales o filosóficas, de igual manera la distinción primaria entre retórica, lógica y gramática, las componentes del trivium medieval, van a verse afectadas y envueltas en diferentes reconsideraciones, variaciones y restricciones. Como recuerda Enkvist³ (1999) la lógica se caracteriza por ser una forma de analizar postulados, y una vía para adquirir nuevos conocimientos. El objetivo de la gramática, a su vez, radica en el hecho de poder establecer unos parámetros de corrección en el uso del lenguaje, en mostrar qué expresiones son las adecuadas y cuáles deben rechazarse por erróneas. El *bene dicendi* de la retórica difiere, por lo tanto respecto de la *vere dicere* de la lógica, o respecto del *recte dicere* de la gramática, porque busca la efectividad en lugar de la verdad o la corrección. Así, en una situación comunicativa concreta en la que es posible hallar restricciones sociales o contextuales, no sólo es necesario que las oraciones estén gramaticalmente bien construidas, también deben ser efectivas en esa situación concreta, deben atender al *kairós* griego, o al *decorum* romano. La estilística para Enkvist, por tanto, también puede plantearse como disciplina de la retórica si toma como objeto de estudio el lenguaje en correlación con el tipo de texto y la situación expresiva, si atiende a una variedad específica del lenguaje. En definitiva, la estilística

retórica es uno de los ejemplos más claros de cómo todos estos nuevos usos retóricos vienen a incidir implícita o explícitamente en la identificación de *retórica* con *poética*⁴, en cómo la retórica se convierte en uno de los métodos fundamentales para la teoría literaria.

Como antecedente próximo, podemos remontarnos a los formalistas rusos, para referirnos a la transposición de las partes de la retórica en la poética. Lo paradójico del caso es que en sus primeros libros y artículos, los formalistas no hablan casi nunca de retórica. A sus ojos (France, 1988, p. 130) la asimilación de ambas funciones, la poética y la retórica, sería un contrasentido flagrante, porque la poesía o la literatura se distinguen radicalmente del discurso persuasivo como de cualquier otro empleo funcional de la lengua. En otras palabras, la *literariedad* poco tiene que con la persuasión retórica, si acaso, con la seducción cosmética del ornato tropológico.

Ya en los estudios de Jakobson sobre la prosa de Pasternak, como en los de Sklövski sobre Sterne se hace mención significativa a la interrupción y el eufemismo, a ciertos tropos y figuras de sintaxis. La lengua del poeta, como la del orador, se aparta de su uso habitual, no por la presencia de elementos específicos, sino por la función de esos elementos. Así lo afirma Eikhenbaum en un artículo de 1927. El interés en el discurso oratorio está en el hecho de que en su aspecto de lenguaje práctico es el que más se acerca al poético. Por este motivo Eikhenbaum defiende la necesidad de renovar la retórica al lado de la poética.

Animados por el estudio institucional revolucionario de la oratoria —lo cual renovó el antiguo papel pedagógico de la retórica— los formalistas van identificando elocuencia a poesía. Tynianov en un artículo sobre el género de la oda sostiene claramente que la poesía es una rama de la elocuencia y la poética una rama de la retórica. Para Bakhtin, la retórica, a diferencia de la estilística, guarda una cierta consciencia de elemento dialógico (France, 1988, p. 136). El rétor sabe que la palabra oratoria tiene en ella misma la consciencia *del otro*, del auditorio, de su lenguaje. No obstante, ahí se detiene la utilidad de la retórica, que para Bakhtin, es incapaz de dar cuenta de la polifonía del género novelesco. Así pues, la importancia de los formalistas rusos reside en no haber reducido la retórica a una poética de la elocutio, como parece hacer pensar el

recurso al extrañamiento del lenguaje, sino en haberse ocupado también de la dimensión perlocutiva de la retórica. Desde este punto de vista, si la poética es asimilable a la retórica, lo es en tanto que puede producir una serie de efectos que, bien al revertir sobre el mensaje hacen que el receptor fije su atención en la lengua; o bien, son el conducto en sí para llegar al receptor mediante un medio diferente al habla habitual. Lo que se trasluce de todo ello, en definitiva, no deja de ser la consideración de un grado natural del lenguaje y otro desautomatizado suplementándolo. Llegados a este punto nos parece interesante recordar la matización que Pozuelo Yvancos (1988) realiza entre lenguaje desautomatizado y desviado en el contexto formalista. La matización es importante porque supone ampliar el radio de acción de la retórica-poética formalista, de una perspectiva únicamente tropológica, y por ello reducida a una teoría de la figura como desviación, hasta una dimensión pragmática, mediante la consideración de un auditorio al que va destinado el mensaje. Por ello, en el comentario de Jakobson sobre el signo poético, "la involucración en la definición de signo poético de la esfera de la recepción actualiza constantemente la poeticidad del signo, en sentido positivo y negativo, y deja abierta la posibilidad de una lexicalización o de un uso no poético de tal signo" (Pozuelo, 1988, p. 31) ¿Qué quiere decir esto? Pues que la retórica no se concibe como un sistema sustitutorio del de la lengua cotidiana, sino más bien como uno solapado a ésta. De este modo, es oportuno, como hace Pozuelo, destacar el paralelismo entre Jakobson y el Sklövski de "El arte como artificio". Ambos mantienen que la lengua poética no es un pensamiento adornado con figuras y tropos, como la concepción tradicional retórica venía concibiendo. Sklövski, a su vez, afirma que mediante el lenguaje poético el acto de percepción queda fijado en el mensaje y no en el objeto, el lenguaje poético, por tanto se manifiesta como un vínculo desautomatizador. En resumidas cuentas, la operación retórica ha dejado de considerarse como artificio conceptual para posicionarse como artificio lingüístico. ¿Cuál es la diferencia? Podemos decir que se pasa de una concepción de la retórica como mero adorno literario a la integración en la poética de todas las partes de la retórica, bien entendido que los formalistas detendrán el acto de habla de la enunciación retórica en su fase constatativa en la que el tropo o figura

se manifiesta como tal. En suma, el acierto formalista se define por recuperar para la retórica (poética) una teoría de la elocutio que se mantiene en el nivel de los actos constatativos de habla. Los formalistas dejaron la puerta abierta a esta consideración de la retórica en la que se conjuga persuasión y seducción. Aunque sus planteamientos se detuvieron ahí, esto nos permitirá entender cómo el enfoque post-estructural, al retomar la condición material del lenguaje, puede denunciar las inestabilidades en el terreno textual que se cuelan por esta puerta que dejaron abierta los formalistas ante la constatividad del hecho retórico (de lo que podríamos denominar acto de habla retórico).

Los formalistas, al incidir mediante la desautomatización en la afirmación positiva del lenguaje literario y con ello en la percepción de lo poético, y al situarse en una posición relativa respecto al lenguaje, están haciendo referencia a un medio de hacer cosas con el lenguaje. Se trataría de un acto de habla por el cual el lenguaje constata sus mecanismos, que pueden tomarse por literarios o no, pero, que sin duda, tienen un componente retórico y es aquel que el acto de habla nos muestra. Un acto constatativo⁵ por el cual el lenguaje se postula a sí mismo, dejando a un lado las capacidades cognitivas del acto. Mediante esta postulación el acto constatativo tiene efectos performativos que lo distinguen como acto retórico en el que queda suspendida toda función referencial, redirigiendo el interés hacia la actividad del propio acto. ¿Puede llamarse a esto un acto extrañante? O por el contrario ¿es propio de la lengua el extrañamiento? ¿Es este acto un extranjero para la lengua? Barilli (1984) nos recuerda que los formalistas vienen a recalcar cuanto había hecho ya Aristóteles, es decir, la transposición de las partes de la retórica en las de la poética. Así el nombre de Aristóteles es recordado expresamente por Sklövski que hace suya la afirmación de que el lenguaje poético debía aparecer extraño y sorprendente. De este modo, se formula la propuesta de un efecto extrañante como específico de la poesía y del arte en general como un desvío de la norma, del uso común, del modo corriente de decir y ver las cosas. Para Barilli⁶ esto es una versión del tema del extranjero, del peregrino, una traducción en términos modernos de esta figura. Precisamente la neoretórica retoma este tema, el tema del extranjero, y lo traduce en términos retóricos, de ahí que hayamos hecho este pequeño

circunloquio a través del formalismo ruso. Hemos elegido la palabra traducir precisamente por las implicaciones que tiene con las nociones de desvío, de movimiento; por la referencia a una lengua propia y a otra que hay que traducir y que es extraña, extranjera a la primera. Según esta afirmación, en la noción misma de traducción ya encontraríamos la *literariedad* formalista.

La pregunta con la que nos vemos obligados a empezar el recorrido por las neoretóricas es la siguiente: ¿Qué queda de la retórica clásica en todas ellas? ¿Qué puntos de partida consideran y bajo qué perspectiva se concibe este nuevo interés? Acaso, como sugiere Vickers (1988, p. 447), la retórica moderna se caracteriza no por el efecto extrañante, por la consideración de lo extranjero para mostrar lo propio en la diferencia enajenante, sino todo lo contrario, por resultar totalmente extranjera a los principios clásicos. La afirmación de Vickers permite contestar ya, de alguna manera, a nuestra pregunta de partida: ¿qué queda de la retórica? Para algunos autores de corte clásico lo que se hace desde el formalismo no es retórica, más bien es algo totalmente extranjero a este término; para otros, es después del estructuralismo cuando la retórica dejó de ser retórica para perderse en el marasmo textual.

Jakobson, paradigma y sintagma.

Cuando Jakobson (1963) asocia la metáfora a la poesía, y la metonimia a la novela, ¿acaso está dejando de hacer retórica? ¿Acaso es menos retórico al definir la poética como "el estudio de la función poética en el contexto de los mensajes verbales en general y de la poesía en particular", como la "transformación de la palabra en una obra poética, y el sistema de procedimientos que efectúan esta transformación" (Jakobson, 1973, p. 486)? ¿Es posible hablar de retórica atendiendo a sus partes por separado? ¿Es posible que hablemos de una retórica de la elocutio, de una retórica de la persuasión sin que en ningún momento entren en conflicto sus partes? ¿En qué medida se puede hablar entonces de una retórica restringida (Genette, 1973)? O dicho de otro modo ¿de

qué modo la restricción de la retórica no es más que una figura? Porque, ¿cómo se puede restringir la retórica?

Volvamos con Jakobson y ocupémonos de uno de los artículos que han sentado las bases de las nuevas retóricas. Hablamos, de “Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de afasia”, artículo de especial importancia que ha trascendido hasta transformar y reconvertir las definiciones clásicas de los tropos de la metáfora y la metonimia hasta las nociones que se manejan hoy en día. ¿Acaso son incorrectas, o no retóricas las formulaciones de Jakobson? No se trata de eso, veremos que en la base de las nuevas retóricas está la re-utilización de la maquinaria retórica, su adaptación y aplicación a la lingüística, a la teoría del texto, a la pragmática; veremos que es posible hablar una determinada práctica de la *inventio* teórica detrás de esta retórica.

Es bien sabido que Jakobson, en este artículo, acomoda las nociones de sincronía y diacronía, en forma de ejes sintagmáticos y paradigmáticos, a la definición de metáfora y de metonimia. Todo signo lingüístico implica dos formas de ordenación: la combinación y la selección. Mediante la combinación una unidad lingüística sirve al mismo tiempo de contexto a unidades más simples, y viceversa. Así, afirma que “combinación y contextualización son las dos caras de una misma operación” (Jakobson, 1963, p. 48). En cuanto a la selección, dice que se basa en la posibilidad de sustituir uno de los elementos lingüísticos por otro, equivalente en un aspecto y diferente en otro, de hecho, “selección y sustitución son las dos caras de una misma operación” (Jakobson, 1963, 48). La selección implica identidad y diferencia, mientras que la combinación supone la posibilidad de contextualización, y que ambas, junto a la contextualización y la sustitución, son las caras de una misma operación; es decir, están fundadas sobre una catacresis que es el principio de la comparación. Este hecho es realmente significativo. Porque en este principio catacrético reside la reutilización misma de la retórica aplicada a los principios derivados del *Curso de Lingüística* de Saussure. Porque la noción de *inventio* que vamos a manejar como agente de estas lecturas retóricas tiene mucho que ver con la catacresis, en tanto que este tropo sirve de modelo para la heuresis teórica.

Según recoge Lausberg (1989, §562) la catacresis es una metáfora necesaria que viene a cubrir el espacio de la inopia. La inopia, como se sabe, es la carencia de una expresión propia, la condición previa a la catacresis. La catacresis marca el desplazamiento de una expresión propia por una metáfora, que suele convivir con la primera expresión. La catacresis sirve de modelo a esta *inventio* porque Jakobson con sus definiciones de metáfora y metonimia⁷ está cubriendo el espacio de la inopia retórica descuidado antes. El crítico ruso remarca estos términos, apartándolos de la concepción clásica (propia) de éstos y haciéndolos convivir con la misma tradición de la que provienen, de modo que son devueltos a la circulación con más fuerza que los primitivos. La catacresis, concebida así como fenómeno espacial, reenvía a una teoría topológica en la que la *heuresis* se concibe como la re-inscripción, re-marcación, repetición de ciertos lugares materiales. Esta topologización, remarcación de los espacios, es apreciable en Jakobson, no sólo en el uso de ciertas categorías retóricas, sino también, lo cual es muy clarificador, en la utilización y préstamo de conceptos provenientes de diferentes campos de saber. Porque, cuando Jakobson habla de retórica, no lo hace respecto a Aristóteles o Cicerón, ni siquiera con una referencia clara o fundamentada en la poética, Jakobson en este ensayo está hablando de problemas psicológicos relacionados con el lenguaje. Esta intersección de áreas no debe considerarse como algo baladí. Debemos, por el contrario, examinar qué hay detrás de ella, por cuanto supone la exploración de terrenos extranjeros, en un principio, a la retórica. Dicha exploración entendida como exploración de lugares, *tópicos*, nos remite a la práctica de una estrategia retórica determinada, que se caracteriza por la espacialización. Jakobson no sólo habla de retórica sino que lo hace, visitando lugares concretos, con una retórica determinada. La operación fundamental a la que Jakobson somete a la retórica pasa por la maniobra catacrética en la que, por un lado, la metáfora y la metonimia se convierten en *nuevas* figuras; y por otro, en la que la topologización del saber, la espacialización y des-limitación de las *epistemes* hacen posible la incursión en terrenos no propios a materias como la retórica. Dicha incursión aventurada en el terreno de la psicología, puede leerse como una forma de catacresis de la misma retórica. Es decir, si la retórica se ocupa de un asunto ajeno: las

afasias; si al hacerlo está transponiendo un modelo a otro espacio y cubriendo un hueco, la retórica se convierte en una catacresis por la que lo impropio ha sido apropiado por lo propio. Y lo hace, además, con una figura que muestra propiedad e impropiedad a un tiempo, una figura que, como la catacresis, es al mismo tiempo una metáfora y no lo es. Por ello, la retórica, desde esta perspectiva, se plantea como un terreno problemático en el que las categorías de lo propio y figurado, lo recto y lo desviado, lo natural y lo artificial, quedan suspendidas en un movimiento de indecisión que es, el que propia o impropriamente, caracteriza a la retórica.

Jakobson distingue dos tipos de afasia, que dependerán de si la carencia principal reside en la selección y la sustitución, o en la combinación y contextualización. Toda forma afásica consiste en alguna alteración de la facultad de selección o de combinación. La primera afección (implicada la *selección*) comporta una deterioración de las operaciones metalingüísticas; la segunda (implicada la *combinación*) altera la posibilidad de mantener la jerarquía de las unidades lingüísticas. La capacidad que tienen dos palabras para remplazarse es un ejemplo de similitud posicional. Las respuestas metonímicas al mismo estímulo combinan y contrastan la similitud posicional con la contigüidad semántica. Así pues, la metáfora se define por el principio de combinación en posiciones semejantes, mientras que la metonimia por la facultad de selección unida a la contigüidad posicional y semántica. Tras estas definiciones vemos que la concepción topológica del lenguaje se manifiesta en la noción de contigüidad, así como en la consideración de la semántica como un espacio de campos.

Cuando Jakobson habla de metonimia nos sitúa en el terreno de la diacronía textual; sería el caso del autor realista que puede trabajar con digresiones espacio-temporales, o como hace el cine después de Griffith (vemos otra vez la contigüidad misma de los espacios con la retórica). Metafórico sería el cine de Chaplin y el Romanticismo. Se trata con la metonimia el terreno de la prosa, mientras que la poesía se gobierna por el principio de similitud. Según Jakobson (1963, p. 96-7), el paralelismo métrico de los versos y la equivalencia fónica de las rimas remiten al problema de la similitud y de los contrastes semánticos. De esta manera

es como ha quedado, en gran parte, la definición contemporánea de metáfora: reducida a la similitud, al mismo tiempo que la de la metonimia a la contigüidad.

Jakobson, en definitiva, propone una bipolarización del lenguaje en términos generales a través de la oposición metáfora-metonimia que está revelando un monismo metafísico al privilegiar un polo sobre el otro en determinadas aplicaciones (Ruegg, 1979). Es difícil mantener tal distinción entre metáfora y metonimia sin que se produzcan interferencias entre los términos, incluso en un nivel semántico puramente abstracto. Ruegg (1979, p. 145) pone un ejemplo muy gráfico sobre esto. Si un realista (metonímico) llama a su coche estas "ruedas", cuando el romántico (metafórico) prefiere llamar a su coche su "corcel acróbata", se puede afirmar que ambos implican una clase de sustitución (de un significante por otro), y que ambos, al mismo tiempo, suponen algún grado de contigüidad semántica que proporciona el vínculo necesario entre los dos significantes: "la carretera sin la que la transferencia, el transbordo (*transfer*) no puede ser hecho" (Ruegg, 1979, p. 145) ⁸. Pero sigamos con Jakobson antes de ocuparnos de lo que ocurre con los desvíos y los usos rectos. Las definiciones tropológicas de Jakobson no son muy consistentes, las propiedades de una pueden aplicarse a las de otra⁹; sin embargo, este hecho, lejos de ser un obstáculo para el estudio retórico, lo que hace realmente es mostrar la verdadera naturaleza en continua *transferencialidad* de la retórica.

Jean Cohen¹⁰ demostró que los ejes paradigmático (sustitutivo) y sintagmático (contiguo) son inseparables en la constitución de la figuras retóricas. Jakobson, en "Lingüística y poética", hará alusión a la naturaleza polisémica que caracteriza al discurso poético para reformular el desarreglo en la polarización del lenguaje subsiguiente de sus metáforas y metonimias. En poesía, dice Jakobson, "toda metonimia es ligeramente metafórica, y toda metonimia tiene un matiz metafórico¹¹". Y esta paradójica admisión del fracaso a la hora de delimitar la metáfora y la metonimia, tiene su fundamento en la caracterización del lenguaje poético como la proyección del eje de las similitudes sobre las contigüidades. El desarrollo de este potencial polisémico, de entrada, impide la localización de un solo significado no ambiguo en poesía. Así,

cualquier intento de analizar el lenguaje en términos de lógica binaria termina reducido a un cúmulo de inconsistencias lógicas. Y aún más, aunque Jakobson intenta mantenerse en los límites del dualismo, siempre hay uno de los dos polos que resulta privilegiado. Él mismo admite que el metalenguaje usado para los análisis es esencialmente metafórico, lo cual incide en la tendencia a privilegiar la metáfora sobre la metonimia. Precisamente, éste es uno de los puntos, como veremos, recurrentes en la obra de Paul de Man, la denuncia de las lecturas que retóricamente leen una figura como la predominante en el texto borrando en este acto de lectura la presencia de toda tensión retórica del texto. La lectura de Proust sobre el predominio de la metáfora que de Man expone en *Alegorías de la lectura* da sobrada cuenta de ello. Pero, ¿acaso parte de Man de puntos de partida muy diferentes a los de Jakobson? Creemos que no. Aún es más, también está coincidiendo, en cierta manera, con la crítica de Genette a la restricción de la retórica al estudio de una *elocutio*. *Elocutio*, a su vez, reducida a la metáfora y la metonimia, que ciertamente se convierte en una *metaforología*. Las lecturas retóricas de Paul de Man demostrarán, en última instancia, todo lo dicho por Genette, llevando el planteamiento inicial mucho más lejos; es decir, no sólo denunciando determinadas lecturas retóricas que predominan en los textos, sino también, describiendo la imposibilidad de escapar del mismo acto retórico de leer que se pretende dilucidar, por el que la lectura queda atrapada sin remedio en la cadena retórica.

Desviaciones.

La propuesta de Jean Cohen en la *Estructura del lenguaje poético* presupone la posibilidad de distinguir entre mensajes que son reconocibles como retóricos, de aquellos que son propiamente gramaticales. Cohen da por sentado la posibilidad de reducir y recuperar las *anomalías* retóricas en sintagmas gramaticalmente correctos. Ya la misma definición de estilo que propone, parte de la base de una teoría desviacional: el estilo poético "es una desviación con valor estético" (Cohen, 1984, p. 15). El lenguaje poético no es *normal*, el lenguaje del poeta "es anormal, y esta

anormalidad es la que le asegura un estilo" (Cohen, 1984, p. 15). La poética será, pues, la ciencia del estilo poético, y en tanto que la poética se funde con la retórica, podemos decir que para Cohen la retórica es la ciencia del estilo poético, una ciencia de las aberraciones sobre la gramática. Cohen, sin embargo, no hace más que apropiarse y poner en su boca la definición de estilo de Paraud, por la que el estilo se considera una desviación que se define cuantitativamente en relación con una norma. Se considera científico el estilo poético porque, a partir de la desviación media, se puede estimar "el grado de poesía" de un poema dado, lo cual implica, además, el uso de la estadística como método complementario.

Los comentarios de Cohen se ocupan de la especificidad de la poesía, partiendo de los binomios hjelmslevianos forma/substancia, expresión/contenido. De este modo, puede afirmar que la sustancia es la realidad mental u ontológica; y la forma, esa realidad tal como se halla estructurada por la expresión. En principio, esto concuerda perfectamente con Hjelmslev. Ahora bien, la manera en la que estos dos planos se mantienen siempre en paralelo sin entrar en conflicto es otra cuestión. Para Cohen, forma y sustancia toman caminos que nunca se cruzan. Así pues, metro y rima se "presentan como una *súper-estructura* que afecta únicamente a la sustancia sonora, pero sin influencia funcional sobre el significado" (Cohen, 1984, p. 29). Más adelante asegurará que la rima se define por su relación con el significado, que el encabalgamiento se distingue por la relación interna entre el sonido y el sentido. Pero aunque haga estas matizaciones, los caminos de la expresión y del contenido nunca llegan a producir interferencias o cruces problemáticos.

"¿Qué significa comprender un texto sino discernir lo que se oculta tras las palabras, ir de las palabras a las cosas, o sea, dicho brevemente, separar el contenido de su propia expresión?" (Cohen, 1984, p. 33). La comunicación verbal se caracteriza, según Cohen, por dos operaciones: una de puesta en clave que va de las cosas a las palabras (de la sustancia a la forma); y otra, que deshace este camino, y va de las palabras a las cosas (de la forma a la expresión), para lo que es necesario poner en funcionamiento una suerte de traducción. Se trata de una traducción interna que dé cuenta de esta transformación¹², y que en cierta medida

explica otro desvío, el de la forma hacia la sustancia. Porque, mientras que la traducción sustancial es posible, la formal no lo es, por ello los cambios en la forma, los desvíos formales, son los que caracterizan el estilo. Por todo ello, lo que distingue a la poesía es un determinado tratamiento, una determinada manipulación sobre el significado, producto de los desvíos retóricos respecto a la norma gramatical: "puede ser que una metáfora sea señal de una obsesión, pero no es poesía por eso, sino por ser metáfora, es decir, cierto modo de significar un contenido que sin perder nada de sí mismo se podría haber expresado en lenguaje directo" (Cohen, 1984, p. 40). Lo que hace a la poesía, *poesía*, es la retórica, y la retórica para Cohen se caracteriza por ser un modo de hablar alejado del natural. Ello implica la presuposición de la existencia de un lenguaje natural y uno artificial; de un lenguaje tético y otro protético o prostético¹³; uno de uso funcional, y otro de uso estético. En términos de Cohen esto se reduce a la oposición gramatical/antigramatical.

El verso es *antigramatical* porque es una desviación con respecto a las reglas de la prosa (¿es la prosa gramatical y la poesía antigramatical?). El verso es la antifrase dice Cohen (1984, p.71). Debemos entender que la asimilación de retórica con poesía, no sólo con poética, nos deja a la prosa como modelo al que se opone el poético. Es a nivel poético donde encontraremos las transformaciones y violaciones semánticas que van a ser propias del uso retórico. Los términos retóricos que maneja Cohen son aquellos que Jakobson ha proporcionado, es decir, la metáfora determinada como relación de semejanza y la metonimia como relación de contigüidad (Cohen, 1984, p. 113). La metáfora como violación del código de la lengua se sitúa en el plano paradigmático, y sigue una estrategia poética que tiene por único fin el cambio de sentido. La metáfora es el eje de todos estos cambios retóricos. Desde esta lectura metafórica de la retórica se puede explicar la siguiente afirmación:

Así, las distintas figuras no son, como pensaba la retórica clásica, la rima, la inversión, la metáfora etc., sino la rima-metáfora, la inversión-metonimia etc., [...] La retórica no ha sabido distinguir entre el plano sintagmático y el plano paradigmático; no ha visto

que, lejos de oponerse, ambos planos se completaban [...] (Cohen, 1984, p. 113).

Se puede explicar también desde la lectura metafórico-totalizante que la sinestesia para Cohen sea también una clase de metáfora. Cohen lo dice: los planos sintagmático y paradigmático se complementan y esto es lo que la retórica clásica no ha sabido ver. Según se desprende de las palabras de Cohen, el vínculo entre los dos planos es un vínculo metafórico; por medio de este vínculo la desviación se produce, se determina, y se recupera. Todo queda reducido a un orden sincrónico de lo paradigmático. El eje sincrónico pasa a ser una metáfora del eje paradigmático. Así se explica cómo la sinécdoque puede considerarse un tipo de metáfora, porque la metáfora ha tropologizado a la metonimia en otra metáfora, porque el plano sincrónico se ha paradigmático. Con ello queda claro en qué sentido los dos planos se complementan. Pero al llevar a cabo esta reducción metafórica Cohen está mostrando que la relación entre los planos se caracteriza por algo más que por la supuesta tendencia a completarse armónicamente en una unión tranquila, algo más que puede convertir a la metáfora en metonimia. Esto sucede cuando el eje paradigmático deja paso al sintagmático, cuando la relación entre los términos de la comparación metafórica se remarca a nivel de las simultaneidades (donde la relación de contigüidad reivindica que nunca estuvo ausente). Los ejes sincrónico y paradigmático no es que se complementen, sino que siempre están en conflicto. En el momento que una lectura retórica se pone en marcha ambos ejes chocan cuestionando la identidad y repetición de la secuencia material del lenguaje. Privilegiar uno de los dos ejes, la identidad sobre la diferencia, la gramática sobre la retórica, sería una de las formas por las que, según de Man (1976, p. 6) se gramaticaliza la retórica. Para de Man este es el gesto característico de las retóricas estructuralistas (nombra a Barthes, Jakobson, Genette, Todorov, sin reparar en detalles). Estas retóricas dejan la gramática y la retórica en perfecta continuidad, sin interrupción, por lo que el estudio de tropos y figuras se convierte en una mera extensión de los modelos gramaticales, en un subconjunto del estudio de las relaciones sintácticas. En el caso de Cohen la reducción se efectúa a nivel semántico. La

metáfora es una metáfora del paradigma semántico, sin embargo reducir la retórica a este nivel supone olvidar otros tantos que entran en juego y que abren la puerta a la aberración referencial que la solidificación de la metáfora en Cohen pretende controlar. Es por ello que de Man equipara la literatura con la retórica, porque en la base de las dos encontramos el movimiento que impide que una metáfora sea sólo una metáfora, que una metáfora pueda reencontrarse pacíficamente con su origen. Lo hemos visto en la relación entre los ejes sintagmático y paradigmático tal y como la concibe Cohen y en su equiparación con el nivel semántico a la retórica. Repetimos, es lo que de Man llama una gramaticalización de la retórica (de Man, 1979, p. 15-6) y que muestra la disrupción entre la estructura paradigmática basada en la substitución y la estructura sintagmática basada en asociaciones contingentes. Ello implica que el doblete gramática y retórica en modo alguno supone la exclusión de sus elementos, sino que alterna y confunde la cuidada antítesis del modelo interno/externo. Mediante tal razonamiento este autor puede llegar a la dudosa constatación de que el pensamiento científico corresponde con el grado cero gramatical: "en el pensamiento científico se halla ciertamente la coherencia del pensamiento, y es inútil citar ejemplos" (Cohen, 1984, p. 164).

Con la equiparación de gramática y lógica aparecen otro tipo de problemas relacionados con la epistemología y con la referencialidad, derivados de la identificación de la gramática con la capacidad constativa del lenguaje. Así, es comprensible que la retórica, en principio, ocupada de la performatividad en la persuasión, no tenga nada que decir sobre la verdad o la mentira de los juicios, o sobre su adecuación al mundo. Es por ello, que los tropos y figuras encuentren su valor en la función estética. Un tropo es cosmético porque no atiende a la dimensión lógica del lenguaje¹⁴. Este es el planteamiento que se continúa desde la Edad Media y que Cohen en cierto modo actualiza. De la distinción entre significados gramaticales y antigramaticales se deduce que los primeros tienen relación con el mundo, mientras que los segundos son el fruto de juegos lógicos sin ninguna capacidad constativa, únicamente la de su ser figura o tropo. Así las transgresiones de la lógica y la gramática pueden medirse en función del grado de violación de la norma. Hasta tal punto está Cohen

convencido de ello que en la "Teoría de la figura" propone medir el grado de logicidad del lenguaje, lo que equivale a medir y localizar, también, algo así como un grado lógico cero. Grado cero gramatical y lógico del lenguaje al que se puede devolver cualquier figura o tropo como una vuelta a los orígenes, porque "toda figura nos reconduce de la inteligibilidad a lo sensible y la retórica se reconstituye así como la inversa del movimiento dialéctico ascendente que va del precepto al concepto y que define a la filosofía desde Sócrates" (Cohen 1982, p. 41). Por supuesto, para entender esta afirmación hay que presuponer que tal traducción es posible. No obstante, ¿en qué situación queda la semántica, y la capacidad referencial del lenguaje, al considerarlas desde una teoría de la figura como ésta? ¿En qué medida, —es una pregunta lógica— si se produce una gramaticalización de la retórica no se está produciendo también un acto por el que se devuelve a la retórica la capacidad de efectuar juicios lógicos sobre el mundo? Y, por otro lado, al contrario, ¿en qué medida no queda cuestionada la capacidad referencial de la gramática en el transcurso de estas traducciones en el interior del *trivium*?

Consideremos de nuevo una de las definiciones de Cohen de la figura. La figura "presenta, pues, en definitiva una organización biaxial, articulada según dos ejes perpendiculares: el eje sintagmático, en el que se establece la desviación; y el eje paradigmático, donde se anula por el cambio de sentido" (Cohen, 1982, p. 39). Queda patente que la gramática es el pilar sobre el que descansa la significación. La retórica, sin embargo, puede significar pero agramaticalmente. Ello entonces nos lleva a considerar de nuevo, bajo una luz diferente, la complementación de los ejes sintagmático y paradigmático que Cohen caracteriza como lo propio de la figura. Para que el poema funcione poéticamente, léase retóricamente, es necesario que "su significación se pierda y simultáneamente se vuelva a encontrar en la consciencia del lector" (Cohen, 1984, p. 178). La significación retórica, por tanto, nunca es nada por sí misma, debe reconducirse de nuevo a los cauces de la gramática, en este caso en la mente del lector, al estilo de los críticos de la consciencia. La justificación de este modo de significar retórico no tarda en aparecer: la función de la prosa es denotativa, la función de la poesía es connotativa. La poesía al ser el lugar donde la retórica toma posición es

el lugar de la connotación. En consecuencia, la retórica es connotativa, y por el contrario, la gramática denotativa. Es de destacar que también Barthes caracterizará de este modo la retórica. Para Cohen la connotación, al funcionar en ausencia de analogía objetiva se ocupa del significado emocional, el lado subjetivo del significado, el sentido poético.

El sentido nocional y el sentido emocional no pueden existir juntos dentro de una misma consciencia. El significante no puede inducir al mismo tiempo dos significados que se excluyen. Por esta razón, la poesía ha de hacer uso de un rodeo: ha de cortar el lazo original entre el significante y la noción para reemplazarlo por la emoción; ha de bloquear el viejo código para hacer posible el funcionamiento del nuevo. La poesía no es algo distinto de la prosa, sino que es la antiprosa. La metáfora no es un simple cambio de sentido, sino que es su metamorfosis. La palabra poética es a la vez muerte y resurrección del lenguaje. (Cohen, 1984, p. 220).

La poesía es a la prosa lo que la retórica a la gramática, por ello se puede afirmar que en la palabra poética-retórica el lenguaje muere y resucita. Muere como retórico y resucita como gramatical. Muere como desvío y resucita en el grado cero del lenguaje. La retórica es, entonces, como el fantasma que se aparece al lenguaje en un tiempo disyunto¹⁵ y, por venir. La teoría de los tropos y figuras es también una teoría de los espectros, de las figuras espectrales. ¿Cómo hacer frente al espectro de la retórica? ¿Cómo controlar sus apariciones, sus idas y venidas, la amenaza de que tras la muerte no vuelva la resurrección? El modo *más lógico* para hacerlo se basa en la presuposición de un grado cero del lenguaje. Pero, ¿de qué grado cero?

Olivier Reboul (1984, p. 104-5) ha revisado la noción de grado cero. Sus conclusiones son esclarecedoras. Si el grado cero del lenguaje se aparta del código de la lengua, entonces, ¿el código de la lengua es aquel que no utilizan los escritores, los poetas? El lenguaje retórico se apartaría del sentido primitivo, original, de la etimología, aunque la idea de un sentido original sea meramente arbitraria. Se apartaría del sentido propio,

al limitar el mensaje retórico a las figuras de sentido, y por lo tanto, pasaría del terreno de la denotación al de la connotación. Aunque los términos propios pueden ser connotados al igual que los figurados, la connotación, según Reboul, es un sentido segundo, de orden afectivo, que no por ello deja de estar codificado. El desvío del grado cero se separaría de lo *usual*, lo cual no significa que la retórica se aparte del uso; la retórica posee un uso específico que es el de persuadir. El grado cero se separaría, en cualquier caso, del discurso funcional, que se limita a dar con el mínimo de palabras el máximo de informaciones objetivas. Reboul traspa el interés retórico de esta consideración a la dimensión persuasiva, lo cual implica, de nuevo, mantenerse dentro de una oposición, en la que los nuevos términos serían lenguaje persuasivo contra lenguaje sin artificio. El discurso retórico se apartaría no de las reglas del lenguaje en general, sino del lenguaje de la sinceridad, del lenguaje natural por el cual se mantiene el vínculo que relaciona únicamente referentes con signos, un lenguaje limpio¹⁶. Tanto desde un punto de vista como de otro, la referencia a un grado cero, al término no marcado de la oposición, aparece como necesaria. De hecho, en Cohen lo encontramos bajo la fórmula: "grado retórico que tiende a cero", o lo que es lo mismo: el grado que posee el lenguaje de la prosa (científica). Todos los problemas que hemos visto planteados desde la retorización de la gramática están presentes en la consideración del cruce perpendicular entre el eje sintagmático y el paradigmático. Es decir, que el grado retórico tienda a grado cero implica que ni es cero ni es retórico, ni es lógico ni gramático (siendo lógico y gramático a la vez); implica, en otras palabras, que la idea de cero puede leerse como una neutralización en la oposición lenguaje figurado-natural, porque dicha neutralización, además, es una catacresis.

Leer a Cohen de este modo nos ejemplifica de qué modo el proyecto post-estructuralista puede completar lecturas clásicamente estructurales de la retórica. Por ejemplo, la noción de desvío queda totalmente afectada desde el momento en que no se puede definir con claridad de qué se separa, respecto a qué el desvío es desvío. Reboul considera que ello está en la base de una consideración heurística de la retórica: "la tesis del desvío nos parece sintomática de una época que no

es capaz de hacer el vínculo entre la regla y la invención, que no concibe el gesto creador más que como violación de la regla" (Reboul, 1984, p. 106). Lo cual reduce las posibilidades performativas relativas a la invención no tanto como invención de sentidos sino como invención de *otro* que dé cuenta de *sí*. Será necesario, por tanto, volver a considerar la invención del otro, del otro de la retórica, que para las retóricas estructuralistas será el grado cero.

El grado cero tropológico. La respuesta demaniana.

La problemática sobre el grado cero, inherente al estructuralismo, aporta nuevos datos para pensar el estatuto retórico desde la antigüedad clásica hasta los enfoques post-estructurales. Hemos visto diversos modos de afrontar la posibilidad de existencia de tal grado de lenguaje, lo que mostraremos ahora, siguiendo a John Hillis Miller y Paul de Man, es cómo la condición de imposibilidad del cero ha sido paradójicamente la condición de posibilidad de la diferencia entre retórica y lenguaje no desviado. La propuesta de estos autores consiste en pensar retóricamente el concepto de cero; nuestro propósito consistirá en estudiar cómo reaccionan entonces las definiciones desviacionales de la retórica ante a este tipo de lectura deconstruccionista.

Después de rastrear las etimologías de la palabra "cero", algo habitual en la metodología de Hillis Miller¹⁷, justifica haber confundido la invención con el descubrimiento del cero en su exposición introductoria. Lo cual, según Miller, es indicativo de la aporía que impide decidir si esta cifra es un número o no lo es, si ha sido inventado tal concepto o simplemente redescubierto¹⁸. La dificultad en la decisión se extiende también a la hora de discernir sobre la manera en la que el *cero* es a la vez un lugar absoluto de partida, una ausencia de número y, al mismo tiempo, un número. De la misma manera, el grado cero lingüístico, por su parte, nombra una ausencia que es al mismo tiempo significativa. No obstante, la palabra "cero" es una palabra como cualquier otra, un conjunto de fonemas que implican un significado. Tal como recuerda

Barthes en *Elementos de semiología*, el término no marcado en una oposición privativa es llamado grado cero de la oposición. El grado cero no supone una ausencia total, sino como hemos dicho, una ausencia significativa. Igual que el cero funciona ante la ausencia de cualquier número, así en lingüística, la ausencia de una marca puede funcionar frente a la ausencia de cualquier marca que pudiera funcionar en ese lugar. Sólo el contexto, que nunca es saturable, puede decidir qué marca es la ausente. De esta manera, el cero considerado como metáfora cambiante para cada ausencia se convierte en catacrexis.

Es bien sabido que el concepto de grado cero ha tenido gran difusión en diversidad de áreas como la semántica, la lógica, la etnología, el psicoanálisis lacaniano¹⁹, y que ello ha sido uno de los rasgos característicos del estructuralismo. Ahora bien, ¿qué ocurre cuando tomamos el *cero* del grado cero como una catacrexis? Para ello será necesario referirnos al ensayo de Paul de Man "La Alegoría de la persuasión en Pascal" (1996) donde realiza una lectura de los *Pensamientos* y de las "Reflexiones sobre la geometría en general: Del espíritu geométrico y del Arte de persuadir". La conclusión que el crítico belga extrae de su lectura nos lleva al reconocimiento de que la distinción entre justicia y poder en Pascal surge de la disyunción entre las funciones cognitiva y performativa del lenguaje, puesto que el lenguaje, es al mismo tiempo tropológico y cognitivo, así como performativo (de Man, 1996, p. 69). De estas relaciones indecibles nos ocuparemos más adelante, lo que nos interesa ahora es ver la posición de heterogeneidad en la que queda el *cero*²⁰ con respecto a otros pares de oposiciones sacados de los *Pensamientos* de Pascal, como son la oposición entre definiciones *nominales* y *reales*, o entre *justicia* y *poder*. Precisamente en el examen de la relación entre *justicia* y *poder* Pascal se ve obligado a introducir algo como el *cero* —dice Hillis Miller (2003) — inasimilable a la estructura quiasmática que había diseñado en un principio. Retomemos una cita que Miller trae a colación del ensayo sobre Pascal: "Decir entonces, como estamos diciendo, que la alegoría (como narración secuencial) es el tropo de la ironía (como uno es el tropo de *cero*) es decir algo que es lo suficientemente verdadero pero no inteligible, lo que implica también que no puede funcionar como instrumento de análisis textual" (de Man 1996,

p. 61). ¿Qué significa esto? ¿Qué significa que uno es el tropo de cero? ¿Qué implicaciones tiene esto para con las capacidades performativas y cognitivas del lenguaje? Para responder a estas cuestiones debemos remitirnos a los tropos de la alegoría y la ironía.

La ironía es la interrupción de toda narrativa o secuencia dialéctica, así como el uno es paradójico y aparentemente contradictorio, porque, a la vez, “es un mero nombre dado a la entidad que no posee las propiedades del número, una definición de no-número” (de Man, 1996, p. 58). Dada la especial condición de la alegoría²¹ —fragmentada por la ironía— y del cero tropo del uno, podemos entender por qué funcionan retóricamente, o precisamente, *no entenderlo*, si continuamos la broma de Paul de Man; no entenderemos el cero y la alegoría porque actúan fuera del nivel cognitivo del lenguaje comportándose performativamente como catacresis. El anacoluto en el entendimiento es lo que está intentando describir de Man mediante la aplicación de la ironía a la alegoría. Decir que el *cero* es llamado siempre *uno* es llamar la atención sobre el hecho de que el tropo llamado catacresis es siempre un acto de habla, un acto de habla, dice Miller infundado (2003, p. 33) (no obstante ¿en qué medida todos los tropos no son actos de habla?).

El grado cero retórico, a la luz de lo expuesto por de Man y Miller, no sería más que una cruel ironía, un violento oxímoron que nunca dejaría de afirmarse ni de realizarse en tanto que parábasis continua. Puesto que así es el modo en que de Man (1996, p. 178) caracteriza la ironía como parábasis permanente, como continuo anacoluto, la narración alegórica que se pretende realizar a través del grado cero retórico, se ve truncada, cortada desde la ironía, o desde el cero. La mayor ironía de todas es, desde luego, considerar un grado cero retórico sabiendo que el cero es un tropo catacrético, que el cero deja entrar la heterogeneidad en el sistema argumental. La alegoría del grado cero, si utilizamos la alegoría como de Man lo hace, nos relata una historia en la que los tropos y la función cognitiva del lenguaje se oponen productivamente. Desde este punto de vista, el grado cero es a la vez retórico, performativo y cognitivo; es la catacresis que se ocupa de esta heterogeneidad consustancial al lenguaje. Esto viene a mostrar un posicionamiento teórico desde la retórica considerada como instrumento de lectura político y crítico. La retórica así

entendida, tal y como se ha desarrollado en el postestructuralismo, transforma las lecturas tabulares retóricas en lecturas cuya base es la parábasis o el anacoluto. Los efectos políticos de esta operación afectan al posicionamiento ético ante la lectura y sobre todo ante la posibilidad de leer, ante la imposibilidad de no leer políticamente un texto.

BIBLIOGRAFÍA.

ASENSI, M. *Theoría de la lectura*. Madrid: Hiperión, 1987.

- *Crítica límite/ el límite de la crítica*. Introducción a VV. AA, *Teoría literaria y deconstrucción*. Madrid: Arco, 1990.

- "Retórica logográfica y psicagogías de la retórica (notas sobre la retórica en la actualidad)". En Separata de *Revista de literatura*, nº 103, Madrid, 1990.

ENKVIST, E. N. Lingüística, retórica y estilística del discurso y del texto. En DIJK T. A. Van, (ed.): *Discurso y literatura*. Madrid: Visor, 1999.

BARILLI, R. *Poetica e retorica*. Milano: Mursia, 1984.

- *Rhetoric*. Minneapolis: University of Minnesota press, 1989.

BROOKE-ROSE, C. *A grammar of metaphor*. Londres: Redwood Press, 1958.

- *A Rhetoric of the Unreal*. Cambridge: Cambridge University Press, 1981.

COHEN, J. *Estructura del lenguaje poético*. Madrid: Gredos, 1984.

DE MAN, P. *Blindness and insight. Essays in the Rhetoric of Contemporary Criticism*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1971.

- *Allegories of reading*. New haven y Londres: Yale University Press, 1979.

- *The rhetoric of Romanticism*. Nueva York: Columbia University. Press, 1984.

- *The resistance to Theory*. Minneapolis: Minnesota University Press, 1986.

- *Aesthetic Ideology*. Minneapolis: Minnesota University Press, 1996.

DELEUZE, G. *Critique et clinique*. París: Ed. de Minuit, 1993.

DERRIDA, J. *La voix et le phénomène*. París: P.U.F., 1967.

- *Spectres de Marx*. París: Galilée, 1993.
- FRANCE, P. Rhétorique et poétique chez les formalistes Russes. *Rhetorica*, 1988, Vol. VI, n°2, Spring, p. 127-136.
- GENETTE, G. *Figures I*. París: Seuil, 1966.
- *Figures II*. París: Seuil, 1979.
- *Figures III*. París: Seuil, 1972.
- JAKOBSON, R. *Essais de linguistique générale. 1. Les fondations du langage*. París: Minuit, 1963.
- *Questions de poétique*. París: Seuil, 1973.
- KIBEDI VARGA, A. *Rhétorique et Littérature*. París: Didier, 1970.
- LAUSBERG, H. (1990): *Manual de retórica literaria*, (Vol. I-III). Madrid: Gredos, 1990.
- LE GUERN, M. *Sémantique de la métaphore et de la métonymie*. París: Larousse, 1973.
- MILLER, J. H. Deconstructing the deconstructers. En *Diacritics*, Vol. 5, 1975, p. 24-31.
- Ariadne's thread: repetition and the narrative line. En *Critical inquiry*, 1976, autumn, p 68-80.
- *The linguistic moment*. Nueva Jersey: Princeton University Press, 1985.
- *The ethics of reading*. Nueva York: Columbia University Press, 1987.
- *Cruce de fronteras*. Valencia: Amós Belinchón, 2003.
- MORTARA GARAVELLI, B. *Manuale di retorica*. Sonzogno: Bompiani, 1988.
- POZUELO YVANCOS, J. M. *Del formalismo a la neorretórica*. Madrid: Taurus, 1988.
- REBOUL O. *La Rhétorique*. París: P.U.F., 1984.
- RUEGG, M. (1979): Metaphor and metonymy: the logic of structuralist rhetoric. *Glyph*, 1979, n° 6, p. 141-157.
- SAUSSURE, F. *Curso de lingüística general*. Barcelona: Planeta, 1989.
- VICKERS, B. *In defence of rhetoric*. Clarendon: Oxford University Press, 1988.

¹ Cabe destacar el esfuerzo de Kibedi Varga por trazar una distinción clara entre literatura y retórica: « il y a sur ce point une différence fondamentale entre rhétorique et littérature. Par son discours, l'orateur entend intervenir directement dans la réalité sociale ; son discours fait partie de cette réalité. En revanche,

l'écrivain crée une œuvre et n'intervient dans la réalité sociale qu'indirectement. Transposition de la réalité, réalité seconde, l'œuvre littéraire possède en fait une double réalité : une réalité objective et une autre qui s'établit au cours de la lecture ou durant la représentation, du fait du contact avec un public. Tandis que la rhétorique ne connaît qu'une situation, il faudrait par conséquent en distinguer deux en littérature : la *situation interne*, c'est-à-dire les rapports interhumains représentés à l'intérieur d'une œuvre, et la *situation externe*, c'est-à-dire les rapports de l'œuvre avec celui à qui elle s'adresse » (Kibedi Varga, 1970, p. 85). Por un lado, esta distinción entre situaciones internas y externas nos recuerdan al papel de la crítica literaria que según Genette (1966, p. 146) se correspondería con la situación de primariedad y secundariedad con respecto al hecho literario, es decir, la relación con lo segundo es lo que caracteriza la crítica literaria. A este respecto, la distinción de Kibedi Varga en boca de Genette puede plegarse, volverse del revés y mostrar que la retórica como discurso crítico literario da cuenta en su interior de las situaciones internas externas a su interioridad y de las internas que le son externas.

² Ver Manuel Asensi (1990).

3 Enkvist (1999, p. 35) propone agrupar las teorías del texto en cuatro tipos: 1. La primera trata de describir los vínculos existentes entre oraciones para formar un texto mediante el uso frecuente de métodos gramaticales tradicionales, basados en la práctica oracional: Halliday y Hasan. 2. Modelos oracionales o predicacionales, basados en un modelo cognitivo: Findler, Minsky, Schank y Abelson. 3. Modelos interaccionales: Grice, Austin, Searle. 4. Modelos predicacionales. Explican cómo en un conjunto de predicaciones, el contenido semántico puede ser textualizado de diferentes maneras. Enkvist, Klenina. Según Enkvist, dentro de este marco de intenciones, "las estrategias textuales" y los "estilos" se vuelven prácticamente sinónimos, y la estilística pasa a formar parte de la lingüística del texto, dicho de otra manera, la gramática se retoriza vía estilística.

⁴ Hacia 1200 apareció el nombre *poetria* para designar la Retórica en su aplicación a las obras versificadas (Zumthor, 1973, p. 107).

⁵ En sentido austiniano.

⁶ "È una versione novecentesca del "pellegrino" e del "forestiero" sui cui insisteva tutta la tradizione rinascimentale, ricollegandosi a sua volta e traducendo i corrispondenti termini e concetti dell'antichità classica". (1984, p. 311).

⁷ Por ejemplo, Le Guern (1976, p. 34) afirma que la mayor parte de los ejemplos dados por Roman Jakobson en apoyo de su teoría de la metonimia son en realidad sinécdoques de la parte por el todo. Le Guern dice que hay que buscar en Quintiliano el origen de esta clasificación errónea, que acerca indebidamente la relación que une el género con la especie a la que existe entre el todo y la parte. Según este autor las afirmaciones de Aristóteles se acercaban más a la verdad cuando consideraba el desplazamiento del género a la especie y de la especie al género como categorías de la metáfora. "Este procedimiento se distingue no obstante, de la metonimia por el hecho de que hace intervenir una relación de caracterización y no una relación de contigüidad" (1976, p. 38).

⁸ "the road without which the transfer cannot be made" (Ruegg, 1979, p. 145). Volvemos a encontrarnos con la topologización de la retórica, donde la noción de desvío empieza a cobrar un nuevo sentido como iremos desarrollando. No es casual que Paul de Man (1984, p. 251) se haya ocupado también de comentar este "transfer" con relación a Baudelaire: "We have learned to recognize, of late, in "transport" the spatial displacement implied by the verbal ending of *metaphorein*. One is reminded that, in the French-speaking cities of our century, "correspondence" meant, on the trolley-cars the equivalence of what is called in English a "transfer"—the privilege, automatically granted on the Paris Métro, of connecting from one line to another without having to buy a new ticket".

⁹ (Vickers, 1988, p. 445): "In that case, they are not really metaphors, and since the items in the first class are not really metonymies Jakobson's use of rhetorical terms can be seen to be both opportunistic and vague".

¹⁰ Théorie de la Figure. En *Communications* 1970, nº 16, p 3-25.

¹¹ Citado por Ruegg (1979, p.145)

¹² John Hillis Miller tiene precisamente un artículo titulado *Traduciendo teoría: cruce de fronteras*, donde se plantea la problemática de las intersecciones que estamos desarrollando aquí. El cruce del que se habla aquí, además de aludir al solapamiento de las fronteras de la teoría y lo literario, se está refiriendo al cruce entre lo performativo y lo cognitivo, entre la expresión y el contenido. Por ello Miller utiliza el término traducción como equivalente al de transformación. El término inglés *translation* conserva gráficamente esta idea de movimiento que permite el cruce entre las dos formas: transformación-traducción.

¹³ El adjetivo prostético recoge a la perfección el uso artificial y estético del desvío, en una especie de palabra-cosa de las que hablaba Deleuze (1993) con relación a Wolfson.

¹⁴ Es también la base de la definición del juicio estético Kantiano: el juicio de gusto no es, pues, un juicio de conocimiento; por lo tanto, no es lógico, sino estético. (*Crítica del juicio*, Sección primera, §1.)

¹⁵ « Maintenir ensemble ce qui ne tient pas ensemble, et le disparate même, le même disparate, cela ne peut se penser, nous y reviendrons sans cesse comme à la spectralité du spectre, que dans un temps du présent disloqué, à la jointure d'un temps radicalement dis-joint, sans conjonction assuré ». (Derrida, 1993: 43).

¹⁶ Más interesante nos parece la referencia a Plotino por parte de Reboul haciendo mención a la ambivalencia retórica: "La rhétorique est une invention grecque et, comme telle, elle se justifie par deux grands axiomes, de la culture hellénique ; le refus de distinguer totalement la raison et le discours, refus qu'exprime la polysémie du mot *logos* ; le refus de séparer la vérité de la beauté, le beau étant, comme disait Plotin, « la splendeur du vrai »" (Reboul, 1984, p. 106)

¹⁷ Nos referimos a una conferencia dada en la Universidad de Valencia en enero de 2003, en el marco de las actividades programadas por el Instituto de estudios de retórica de la Facultad de Filología. La conferencia lleva por título: *Zero*.

¹⁸ Invención y descubrimiento van unidos de la mano, por cuanto la invención debe entenderse como remarcación en una tópica.

¹⁹ Concretamente Hillis Miller se refiere a la conferencia "Of Structure as an Inmixing of an Otherness Prerequisite to Any Subject Whatever", celebrada en el marco del famoso simposio *The Structuralist Controversy*, 1966.

²⁰ "The notion of language as sign is dependent on, and derived from, a different notion in which language functions as rudderless signification and transforms what it denominates into the linguistic equivalence of the arithmetical zero. It is as sign that language is capable of engendering the principles of infinity, of genus, species, and homogeneity which allow for synecdochal totalizations, but none of these tropes could come about without the systematic effacement of the zero and its reconversion into a name. There can be no *one* without zero, but the zero always appears in the guise of a *one*, of a some(thing). The name is the trope of the zero. The zero is always *called* a one, when the zero actually nameless, "innommable". (de Man, 1996, p. 59)

²¹ Podemos leer al principio del ensayo sobre Pascal: "Allegory is the purveyor of demanding truths, and thus its burden is to articulate an epistemological order of truth and deceit with a narrative or compositional order of persuasion". (de Man, 1996, p. 52).